

VIEJOS

Enrique González Rojo

2002

El tenor entrado en años
saborea en el corazón
sus viejas arias.
Pero al cantar
no es con la voz
sino sólo con el aleteo
de la mano en alto
que alcanza
que hace suyo
que captura
-pájaros invisibles en la atmósfera-
un agudo tras otro.

Eso ocurre porque algo
poco a poco
y al paso de los días
los dientes
y las ilusiones
fue estrechándose en torno de su cuello
hasta formarle ese nudo en la garganta
que le ahoga
el ulular de notas musicales
en los labios.
Mas qué importa.
El tenor octogenario
prosigue cantando a voz en cuello
-sólo que en sus entrañas-
todo su repertorio.

1. Tenor

El viejo sacerdote sufre de insomnio
 -millares de hormigas
 noche a noche
 se le suben al lecho-
 y se pasa de sol a sol
 hurgando en las oscuras galerías de su cráneo
 cómo dormir un poco
 tantito
 cómo despuntar un sueño
 por lo menos de la duración
 de un cabeceo y su oscuro relámpago
 cómo extraviar su conciencia
 repentinamente
 sabe Dios en qué recodo de un segundo
 en fin
 cómo acercar sus ciegos pasos
 al precipicio
 de la amnesia.

Pero siempre está insomne
 como el fuego en brazos de lo inflamable
 como el hombre que descubre el virus del destino
 en su computadora
 como un ojo de pescado
 al centro de un mar de incertidumbres.

El sacerdote cambia sin cesar la almohada
 de sitio
 como diseñando diversas y contradictorias
 posibilidades de dormir.
 Si pudiera hacer con mis convicciones otro tanto
 -se dice.

Le da manotazos
 para socializar su blandura
 para esculpir en ella
 el trazo de un bostezo contagioso
 el hueco en que
 acurrucada

su fatiga se relajase
y él pudiera por fin
dormir con su talón de Aquiles
a pierna suelta.

¿El sacerdote se imagina qué ha pasado?
¿Sabe qué hacer con un enigma
que le cae a las manos
desde el cielo?
¿Intuye que algo
o alguien
le ha escamoteado su almohada
la cuna de sus párpados
el somnífero del dogma
para poner en su lugar
una duda
que se presenta
como mullida
tibia
y hasta acogedora
Pero que
no es sino una piedra
espinosa
hiriente
cruel
tramo infinitesimal de su calvario
gólgota de su fe
crucificada.

2.Sacerdote

Qué jabón era ése que
 al bañarme
al dejar a mis espaldas el chubasco esclavizado
 de la ducha
no sólo me despojó de toda mugre
sino de toda gracia.
Mientras me secaba
deseo hacerle al espejo
 una gracejada
una pirueta
un ademán
que lo pusiera feliz
y lo hiciera desternillarse
de cantos a la vida.
Pero
 en vez de ver en él un viejo payaso
no hallé sino un viejo
que se hacía el payaso.

3. Payaso

Cuando llega a viejo
el niño que sorprendió a todo mundo
con su precocidad
 como un ave que cantara inimitablemente
 antes de romper su huevo
y se vuelve
terco
caprichoso
travieso
sensiblero y llorón
 -todo viejo
 ay
 vive rodeado
 de tristísimos juguetes-
caemos en cuenta
de que retorna al fin
esa niñez
que el talento prematuro
le había escamoteado.

4.Niño prodigio

El imitador que
se pone en la faz
(oh cerebro de azogue)
los rostros
del Jefe de Estado
los actores y actrices famosos
los políticos de moda
ya vetusto
peinando olvidos
encorvado por el peso de las canas
recluido en el asilo de ancianos
de su propia fatiga
extravía
su yo
su vieja identidad
bordada
con las manos
las agujas
la paciencia
de su madre en el vientre.

No obstante
se dispone a la lucha.

Se mira en el espejo.
 Retoca en él su imagen .
 Se recuerda chiquillo
 con la misma cara asombrada
 aún fiel a su acta de nacimiento
 del que da de pies a boca con el mundo
 y la conciencia
 de sí mismo.

Mírase en el pretérito cuando
 virgen de tentaciones
 no se encontraba aún
 con apodos en el rostro
 bajo la dictadura de las máscaras
 y el peso insoportable
 de los gestos ajenos.

Hojea sus antifaces
 -y deja tras de sí un basurero de máscaras-
 en busca de su rostro.
 Se imita a sí mismo
 para dar con la pila bautismal
 y el agua
 -anejada de letras-
 donde se asomó su persona
 por primera vez.
 Pasa lista
 a sus atributos
 pertenencias
 y facciones.
 Y logra al fin apresar
 a dos manos
 la identidad que se requiere
 para morir.

No es posible ponernos otras muertes
 o fallecer fingiendo no ser uno
 quien expira.

Nadie deja de ser
 en las afueras de su nombre.

5 Imitador

La vieja actriz
arrinconada por sus sueños
y demandas
-con la esperanza arrodillada a medio tórax-
y con un espejo en la mano
en el que
sin cesar
caen y rebotan
dos preguntas parpadeantes
aguarda la invitación.

Los pasos del cartero se le tornan
los pasos del destino
reparto impredecible de la gracia
o la desgracia
péndulo que va del crisantemo
al alacrán
o viceversa.

Tal vez se la invite
a recibir el Premio de la primera actriz
organizado por una Comisión Nacional
contra las muchas y perpetuas
injusticias
donde ella
como Venus germinando del mar
sea una diosa que nazca
entre un oleaje de aplausos

de la espuma parturienta.

Es posible que le llegue un billete
-esperado durante tantos lustros
por sus zonas erógenas-
perfumado
por una cita.

Pero

 tras de sonar la aldaba
 y el abrirse de piernas de la puerta
lo que le fue deslizado
 ay
a la palma de su mano
sólo fue el citatorio
para
el
próximo
aquellarre.

6.Actriz

El viejo pescador
enfermo
decrépito
con ansias de descanso
rodeado de anzuelos convertidos en preguntas
y en la mesa
con una pecera sin agua

rebotante de recuerdos invisibles
siente que su corazón
desde que vino al mundo
fue un pez atrapado por las redes de la carne
hasta ser asfixiado
por el oxígeno.

7.Pescador

Al doblar la esquina
o la página
-da igual-
el mujeriego
dio de pies a boca
con el amor de su vida
 -de cuando tenía treinta y tantos años.
Ella le pareció
 casi
más atractiva
que en el pasado.
Recordaba sus piernas por ejemplo.
Pero no el rumor imperceptible
 las palabras tibias y blancas
que producen al caminar
cuando chocan
una contra otra.
Sin rogarle
sin acosarla

sin torcerle el brazo a ninguno de sus descuidos
obtuvo una cita.

Pero ella
 sin explicación alguna
 (¿qué futuro podría tener en el presente
 su pasado?)
no acudió al compromiso.
Qué lástima.
Qué desperdicio de vivencias cosquilleantes
y pieles a la espera
de efervescentes orgasmos
en cada uno de sus poros.
Pero lo más triste
no fue que su viejo amor
hubiera reanudado su pacto con la lejanía
sino que
él
confesándose a medias
sintió cierto alborozo

como si se le hubiera caído
un peso
 (y una nostalgia)
de encima
como si su epidermis
-esa mezcla de carne y apetencia-
dejara de ser
 la ratonera del deseo
y como si al fin
le faltara muy poco
 lo que se dice nada
para ponerse a hablar de tú a tú
con el viento.

8. Mujeriego

Cipriano Algor
viejo alfarero
sabe que así como el fuego y el barro
forjan a sus criaturas
la carne y el horno del trabajo
construyen a sus manos
renegridas
musculosas
tiernas.
Sabe también que si sus ollas

o muñecos
se pueden caer
y producir la nota musical
el quejido
de su ruptura
sus manos se agrietan
pero no se rompen.
Pensando en ello
y en Isaura Estudiosa
su vecina
pasa junto a nosotros
silbando
mirando el cielo
y guardando en las bolsas de su traje
las manos de Dios.

9. Alfarero

El poeta encanecido
invocó de nuevo a la inspiración
deseoso de tener otra vez deslices con el infinito
y escuchar por consiguiente el tarareo
de la música de las esferas
en los átomos.

Pero
al divisar a su musa
(sucia
con un pelambre en que
-a las manos del viento-
se le enmarañaban los años
con arrugas que encarcelaban
los restos de belleza de su rostro
torpe
retorcida
y ahogándose en olvidos)
decidió montar guardia
en su punto final.

10. Poeta

Cuando envejeció el verdugo
encargado de la silla eléctrica
quedó la duda de si cargaba
la calma del olvido
o el sabor a nada de la indiferencia.

Pero más tarde
 en una venganza atribuible a quién sabe qué
este verdugo
murió al recibir la corriente fulminante
de una lámpara.

Ante esta jugarreta de la vida
es indudable de que somos muchos los que cargamos
un aleluya en los pulmones
porque este viejo tenía
culpables
serviles
y manchadas de electricidad
las manos.

11. Verdugo

La vieja millonaria
enferma
 senil
con manos que no pueden levantarse
por tantos anillos
que soportan
con ojeras tapiadas por el polvo
y lunares que no nos dejan olvidar
pasar de lado
o deshollar su artificio
se ve rodeada
 inexorablemente
de un sinnúmero de chacales
que no son otra cosa que la anticipación
amplificada
del bestiario carnívoro que
 con minúsculas fauces
mañana darán cuenta
de las menudencias de ser
que aún le resten.

12. Millonaria

El viejo temor a la muerte
 que cargó esta mujer desde niña
 como una muñeca más
sólo se le agazapó en algún escondrijo
de su entraña.

Como enfermera
tuvo tantas veces a la muerte entre las manos
oyó tan seguidamente
sus lejanos rechinidos en las entrañas
 y escuchó su manera distinta
 de conjugar los verbos
que ese temor se le fue extinguiendo

Pero ahora
 ya vieja
convertida su esperanza
en laberinto
la invade de nuevo
el temor
a escuchar en su pulso
las llamadas del silencio.

Su instinto de conservación
está ya desahuciado.
La apatía que la invade
empieza a hablar el dialecto
de los gusanos.

Ella que
 durante tanto tiempo
le diera transfusiones de brío
o de su resignación
a sus pacientes
hay se halla sola
perdida
abandonada
buscando en el cansancio la fatiga
las llaves de la puerta...

Sola
 con el corazón marchitándosele

sin nadie que la defienda
de los estertores
-las tarascadas de no sé qué animal fabuloso
que están por aunarla
a la negrura.

Al lado de esta mujer
a punto de morir
no hay nadie que con el cuenco de sus manos
proteja la llama de su existencia
de la guadaña de aire.

Qué injusticia:
no tener en este momento a su vera
blanquísimo
-como si ella estuviera al cuidado
de sí misma-
un ángel
de la guarda
de las
respiraciones.

13. Enfermera

La edad
anunció el albor
de la vejez
en el pico invisible que se hallaba
sobre las patas de gallo

14. Gallo

La tercera edad hizo de las suyas
 expropiándole poco a poco
 piel a piel
 la donosura
 a la modelo.
 Preocupada por el avance del enemigo
 la mujer
 entabló una lucha a brazo partido
 con los años
 y su marcha ominosa y sin respiro
 a lo largo y a lo ancho de su orgullo.
 Con mascarillas
 cremas
 afeites
 -de los que usan seguramente los ángeles demacrados-
 intentaba detener
 parar en seco
 la implacable corriente de minutos
 de lo inexorable.
 Para potenciar su pugna
 se hizo de un espejo
 honrado
 claridoso
 que a la menor provocación
 decía sin quitarle una coma la verdad.
 Y ella se pasaba
 (con su tejido de horas en la mano)
 acorralándolo con preguntas y preguntas
 y escuchando
 contrita
 temblorosa
 incrédula
 sus respuestas
 hirientes
 heladas
 sin misericordia.

La modelo
 en angustiosa carrera
 trataba infructuosamente
 de enmendarle la plana

a lo definitivo.

Pero con el paso de los años
fue perdiendo la vista
hasta quedar
ensimismada
con la niña de sus ojos
amarrada a su miopía.
El espejo también fue envejeciendo
de modo tal que
 roto
 sucio
 derrotado
comenzó a balbucir
incoherencias.

La alcoba de repente
se llenó de mentiras y mentiras
de la flora y la fauna
de una alucinación
desbocada.
Dejó de ser
el primer círculo del infierno
para volverse el atrio
del
paraíso.

16. **Edad que se ejerce**

El viejo analista
-que gustaba de asomarse a los abismos
y estudiar al microscopio las sílabas transparentes
de palabras opacas-
ahora tiene en el diván
sólo a su sombra.
Sin mucho meditarlo
siente la imperiosa necesidad
de volver a las andadas
ser un melómano de laberintos
tornar al espionaje
cuando lo animaba la esperanza
de que el alma del paciente
dejara los pudores
por lo menos en el ojo
de la cerradura.
Mas de pronto
imperceptiblemente
es él mismo
y nadie más
quien se halla recostado en el sofá
mientras su sombra
de pie
escucha con atención
los fantasmas de saliva
que salen de sus labios.
Primero él y después la otra
alternarán de hoy en adelante
en el diván:
la unidad de ambos
se halla en un más allá
que no existe.

17. Autoanálisis

Para el perro viejo
todo sitio es bueno para dormir
aarrullado por su propia respiración.
Echado en su lugar
 en sus dos metros de gloria
se sueña
como un cachorro que vigila
a la vera de su casa
para que nadie ose desoertarlo.
Cuando abre los ojos
-y los abre para cerciorarse
de si continúa habiendo mundo-
se sabe anciano
enfermo
débil
pero
 aunque carezca de fuerza para levantarse
conserva tres cosas:
un ladrar que al menor descuido
se lanza a morder a cualquier intruso
una cola que se ríe socarronamente
de su situación
y un hociquito húmedo
lleno de corazones
para su dueño.

18. Perro

Antes de escuchar las eses
que esparce por el aire la guadaña
y subir al cadalso
de la agonía
el viejo bardo
 serena
 digna
 conscientemente
escuchó la obertura
del canto del cisne
volvió los ojos a sus hijos
a sus nietos
a sus amigos y amigas.
Dijo algo acerca de su partida
y sus ojos se perdieron
en el infinito.
Yo
 desde entonces
me quedé soñando:
Quiera Dios que esa forma de morir
sea hereditaria.

19. Una muerte

El viejo ferrocarrilero
no tenía miedo a la muerte.
Hay dos razones
 decía
por las cuales no le temo:
primero
porque cansancio de anciano
no se calma tan sólo con el sueño
y segundo porque
¡estoy tan acostumbrado
a los túneles!

20. Ferrocarrilero

El burócrata entrado en años
cree que lo jubilaron
no sólo de su empleo
sino de su vista
sus oídos
sus manos
y su corazón.
Se sienta entonces a esperar la muerte.
El catecismo de fantasías
que le atornillaron en las sienes
cuando niño
los indudables milagros
de San Martín de Porres
que se sabían en casa
y la epidemia de incienso
en pie de guerra
que contagió la madre
a toda la familia
le aseguraron que
 tras la muerte
habrá otra vida
 otra forma de respirar
donde la buenaventura
o la paz por lo menos
se hallará a la mano.
Aguarda
 sereno
la muerte
sordo a los murmullos
que el demontre de la duda
coloca en algunos rincones
de su casa.
No cae en cuenta el pobre
que
 devoto
 ilusionado
con la fe circulándole en las venas
se encuentra en realidad
en la sala de espera
de la nada.

21. Burócrata

En el día
la hora
el minuto
en que se inicia la vejez
y en que la nostalgia mete reversa
el hombre se da cuenta
de que carga en su morral
cinco sentidos
fatigados.
Y aunque el corazón los azuza
y les promete recompensas
placeres y sensaciones desconocidas
ellos
compartiendo la sordera del oído
se desentienden de sus voces
y buscan
la manera muy particular
de arrellanarse cada uno
en su propio descanso.

De esta pugna entre la voluntad
y los sentidos
 llenos de la pátina del tiempo
brotó la idea nefasta:
ha llegado la hora de la fragilidad
de ocultarse
 infructuosamente
tras la palidez del rostro
de llenarse de cuarteaduras las entrañas.
Todo anciano acaba por asistir a la metamorfosis
de su carne apocada
en cristales enjutos
como el Licenciado Vidriera
y a la menor caída
raspón o tropiezo
se halla en peligro de dañarse
estrellarse en telarañas de vidrio
o simple y llanamente
de quebrarse.

Esta es la razón
por la que los viejos son muy dados a llorar

a conmovirse con el croar de los príncipes
a salpicar de melancolía sus alrededores.
Pero lo hacen a escondidas
clandestinamente
en el cubículo del decoro.
Apagan la luz para ocultar su ridiculez.
Buscan los rincones más oscuros
para velar su patetismo.
Se salen a la calle
 ahí donde no hay faroles
a llorar sin tapujos
 desvergonzadamente
o
si no pueden evitar la compañía
se tornan invisibles
en una fingida serenidad
propia
de sus años.
Cuando se ve a este hombre
o se oye hablar de él
o se escuchan sus sollozos de las doce de la noche
uno sabe que su lloro
será enjugado únicamente
por ese pañuelo de pañuelos
de la mortaja.

22. Llanto

De joven
mujer era sinónimo de deseo
mirada
 de promesa
consentimiento
 de alcoba
abrazo
 de cama
y sexo
 de paraíso.

De viejo
mujer es sinónimo de añoranza
mirada
 de espejismo
consentimiento
 de perplejidad
beso
 de inquietud
abrazo
 de temor
y sexo
 de paraíso.

23. Edades

Galería de monstruos
alebrijes
o de mariposas que
 ante el cirio
están a punto
de quedarse aleteando
tan sólo su ceniza
en este asilo de ancianos
hay de todo:
deidades destronadas
por la conspiración del tiempo
y un puñado de células
en cuarto creciente
ángeles sin uñas
ni cejas
ni pestañas
ni el emplumado pasaporte
para tornar al cielo.
Ancianos extraviados
en la flora y la fauna de sus barbas.
Matronas protegidas del tiempo
porque
 año con año se rehusan
a celebrar
o dar a luz
sus cumpleaños.
Fantasmas
ruinas
guiñapos
trozos de hombre
y -crucificado en su musa-
un poeta.

24. Asilo

La mejor manera de morir
al pie del cañón
es no suicidarse
y hallarse
 así
al pie de la carne
hasta que llegue nuestra hora.
Pero los marineros que mueren
sin divisar tierra
en un mar de lágrimas.
Los panaderos a quienesw la muerte sorprende
con las manos en la masa.
Las niñeras que
 dañadas de la vista
ahora se dedican al cuidado
de la niña de sus ojos.
Todos se hallan también
al pie del cañón
y sólo dejarán estarlo
cuando la jubilación
les llegue al ser.

25. Al pie del cañón

Tras la tempestad
viene la calma
los fuetazos del aire
se sumergen en el hoyo de un silencio
de cuarenta compases.
Las lenguas se desdican de sí mismas.
La cólera del piélago se transmuda
en un arrepentimiento de brisas
y cada cual
cargando su laúd
hace que el mar se balancee
como una canción
con rechinidos de cuna.

Tras la juventud y la madurez
llega la senectud
hora en que de las manos
el tacto poco a poco
comienza a derramarse
y el corazón sólo se excita
hacia su punta.
La inquietud da golpeteos
en la almohada
para encontrar la veta del descanso.
Pero al llegar entonces a esta calma
a esta serenidad sin escozores
en la carne
¿hay alguien que me diga si es posible
que la cera en el oído me regale
la miel del aislamiento
o que haya una mordaza
para dos que tres sirenas?

26. Sirenas

Ninguna mujer
debe darle la espalda al amor
por las siguientes razones:
por la edad
por las canas
por la moralina
porque sí.
No hay un solo argumento válido
para renunciar a él:
ni los prejuicios que dejan en el aire
 su tufillo de incienso
ni las costumbres y su reproducción ampliada
de estulticias
ni los senos que al parecer
querrían resbalarse poco a poco del cuerpo
ni
 lo que es peor
dejarse llevar porque un día
 la cima de su monte de Venus
amaneció
 ligeramente nevada.

27. Invierno

El viejo alpinista
supo de pronto la verdad:
toda su vida
no había sido otra cosa
que un ascenso hacia la cima
que lo acercara con el cielo
y le brindara los mejores conciertos de oxígeno
posibles.
Pero el pobre no sabía
que el suplicio de Sísifo
no es sólo un mal momento
de la mitología.

28. Alpinista

Cuando un viejo se enamora de una joven
y ella de él
ambos penetran en diversos laberintos:
él se pierde en el laberinto
de una juventud que se ha perdido en el laberinto
de una vejez
y ella lo hace en el laberinto
de la vejez
que se ha perdido en el laberinto
de una juventud.
Este desaguizado se inicia
con la creencia
en el principio geométrico que dice:
la línea más corta entre dos puntos
es un laberinto.

29. **Borgiana 1**

Al enamorarse Ariadna
y el viejo Minotauro
el hilo para salir del laberinto
se enmarañó hasta formar otro laberinto
y así ad infinitum.

30. **Borgiana 2**

Las pertenencias de los ancianos
 envejecen
 ay
 con ellos.
 El látigo del domador
 ya no sabe rugir más fuertemente
 que los leones.
 La pluma del poeta
 es ahora ganada por el pavor escénico
 ante la hoja en blanco.
 El avión del piloto
 como si se le hubieran cortado las alas
 picotea aquí y allá su semejanza
 con un descomunal y grotesco
 gallo metálico.
 El cayado del viajero
 extravía
 en no sé qué recodo de su travesía
 la brújula de palo
 de su sentido de orientación.
 La aguja de la costurera
 padece quién sabe qué trastornos oculares
 que le secuestran
 aquellas miradas de hilo
 que descubrían las más invisibles
 roturas de la ropa.
 El barco tiburonero
 -hoy medroso hasta de las pirañas-
 prefiere dormir en la arena
 -soñando en sus años mozos-
 a meter de nuevo
 las narices de su proa
 en el salado riesgo de la pesca.

Todas las pertenencias de los viejos
 envejecen
 se hacen de una joroba
 bajo el peso de tantísimos cumpleaños.
 Todas escuchan.
 Todas saben de qué se trata.
 No hay una que no entienda
 el idioma universal
 el esperanto de la fatiga

de la decadencia
o de lo efímero
con el que hablan perfecta
corridamente
y sin acento
los relojes.

31. Envejecimientos

Mi cuerpo es un asilo
 de ancianos.
 Cuatro de ellos:
 la vista y el oído
 el olfato y el gusto
 se encuentran
 cada uno en su camastro de células
 donde la fatiga
 -oh vigor envenenado por la astenia-
 les da los consejos y las palabras pertinentes
 del buen morir.
 Sólo el tacto
 el quinto
 se halla lleno de vida
 descuidado del tiempo
 desnudándose perezas
 y como nunca rejuvenecido.
 Esto se debe
 claro
 a una historia de amor
 que
 con el perdón de ustedes
 no voy a contarles.
 No. No voy a hacerlo
 porque he decidido
 y tengo mis razones
 que nadie asome su indiscreción
 al ojo de la cerradura
 y mancille el pequeño castillo subterráneo
 de mi privacidad.
 Decisión que vale para todos
 incluyendo a mi musa
 con la de común he tenido la debilidad
 de pasarle confidencias
 secretos al menudeo
 que ella hace públicas
 desvergonzadamente
 con las fanfarrias del ritmo y de la rima.
 Pero algo hay que me preocupa
 de este tacto rejuvenecido
 embriagado

demandante:
cuando advenga la muerte
cuando a mi corazón alguien le cierre
finalmente los ojos
cuando mis labios deletreen la finitud
de su último suspiro
cuando la vista y el oído
el gusto y el olfato
reposen suavemente las sienas
en los tramos primeros
de su último estertor
sé que el tacto
 con tanta vida
 con tanta
no va a dar el brazo a torcer.
Y en esto
 lo reconozco
reside mi temor:
no vaya a ser que los sepultureros
sin darse cuenta
lo entierren
vivo.

32.Sentidos

El viejo Santiago
 que paseaba
 por los bares
 los cafés
 o las envidias
 la satisfacción
 y el orgullo que sentía
 por sus músculos
 ganaba a las pulsadas
 a cualquier adversario
 que cargara en los dedos
 un puñado de piedra
 en vez de carne.

Las gentes pensaban
 qué mano tan pesada
 la de Santiago.
 Pero el secreto de este hombre
 es que él no contendía
 en verdad
 con la mano.
 Ni clavaba las uñas
 en la yugular del esfuerzo
 enemigo.
 Aquélla era apenas una máscara
 una puntual marioneta
 o un mensajero.
 Santiago jugaba en realidad a las vencidas
 con el corazón.
 Y ¿quién puede vencer con una simple mano
 -aunque gruña y parezca
 que va a hincar sus colmillos
 en el triunfo-
 a la víscera de las vísceras
 al señor de la sangre
 la pasión
 y la vida?
 Por eso las competencias de Santiago
 terminaban siempre
 -a veces en un abrir y cerrar de manos
 pues la suya
 apretada a la enemiga

también medía sus fuerzas
 con el tiempo-
 cuando el dorso triunfante
 devoraba los últimos y minúsculos impulsos
 de la víctima
 y su palma
 feroz
 asfixiante
 ahogaba la línea de la vida
 de la mano derrotada.

Este individuo
 estos músculos
 este viejo lobo de la astucia
 un día zarpó en su barco
 se colocó en la proa del arroyo
 para jugar a las vencidas con el pez
 de sus sueños.

Cuando sobrevino la lucha
 el duelo a último suspiro
 ya no fue un encuentro mano a mano
 sino una pugna cuerpo a cuerpo
 voluntad a voluntad
 entre el destino
 -su nuevo nombre-
 y una de sus víctimas
 en pie de muina.

Santiago hablaba interminablemente
 con sus manos.
 Las animaba
 las reprendía
 les prometía los guantes del sosiego
 les ponía malos ojos
 ante cualquier torpeza
 descuido
 o precipitación
 que era como largar
 por los bordes de la barquichuela
 migajas
 de esperanza
 que iban a alimentar y dar fuerza
 al heroico adversario
 que luchaba a corazón partido
 por alejarse

inútilmente
de la fatalidad.

Pasaron días
noches
alientos
y desalientos
en que estaban
el pez
el pescador
y el orgullo
entrelazados.

El oleaje -y su ábaco
para contar el infinito-
pasó por los más diversos
estados de ánimo
cuando el sol
la luna
los peces voladores que construyen
sus nidos en la espuma
oían aquellas voces
como de apuntador
de los cronómetros.

El pez
azul-violáceo
por fin
salió a la superficie
para mostrar el tamaño
las agallas
el ojo que le nace en su protesta
a la injusticia
y entonces el viejo y su fuerza sobrehumana
lo jaló y lo jaló
-como si se trajera el fondo de mar
a la superficie-
hasta ponerlo a la vera
del pesquero
cual el cazador que vuelve de la cacería
con su botín
y un poco del crepúsculo
bajo del brazo.

Cuando finalmente el pez

vio naufragar su esperanza
 en su último aleteo
 el viejo llevó sus manos a reposar
 en el tórax
 les preparó una almohada de epidermis
 entre el vello del pecho
 y deslizó hacia ellas
 una manta de ternura paternal
 para arroparlas.

Un tiburón que provenía
 de las regiones líquidas del infierno
 olisqueó los perfumes del paraíso
 abandonó el rumbo sin promesas en que andaba
 halló su punto cardinal
 se acercó a la embarcación
 como bólido sabueso
 o avalancha de estómago y colmillos
 y arrancó de una dentellada
 la carne
 la dignidad
 la existencia
 del pescado.

El viejo

que creía haber salido victorioso
 cuando conducía a su presa
 como lleva una flor a su perfume
 o el ojo a su mejor mirada
 reconoció que
 en jugando a las vencidas con el pez
 en realidad fue derrotado
 por **el mar**.

Pensando en los últimos aleteos
 de su pesca
 y también en sí mismo
 el viejo supo entonces
 que si el temor a la muerte
 es el ángel custodio de los pulmones
 el guardián del calendario
 el cancerbero del pulso
 o el argumento más convincente
 que nos da naturaleza
 para vivir
 seguir viviendo

el cansancio
 -el profundo
 el que
 como en una epidemia personal
 va adueñándose
 de un órgano interno tras otro
 el que ve con desdén
 el pausadísimo pestañeo
 que existe entre el dormir y el despertar
 el que tiene en mente
 no la cama
 y su taller de reposición de fuerzas
 sino el ataúd
 y su vientre cuadriforme donde reposará
 la nada

 el cansancio
 digo
 es la obra magna de la existencia
 el tibio pasaporte a nuestro tránsito
 el estado físico y mental que conduce
 a confundir el no ser con el regazo
 materno
 el santo silogismo que concluye
 -empollado por lógica inferencia-
 en el punto y aparte.

¡Bendito el que
 cansado
 bosteza demandando algo más
 que seguir respirando entre penumbras
 el que espera impaciente
 los manotazos de su último segundo
 el que logra en fin hallarse
 soñoliento de muerte!

33. El viejo y el mar

INDICE**1.Tenor****2.Sacerdote****3.Payaso****4.Niño prodigio****5.Imitador****6.Actriz****7.Pescador****8.Mujeriego****9.Alfarero****10.Poeta****11.Verdugo****12.Millonaria****13.Enfermera****14.Gallo****15.Modelo****16. Edad que se ejerce****17.Autoanálisis****18.Perro****19.Una muerte****20. Ferrocarrilero****21. Burócrata****22.Llanto**

23.Edades

24. Asilo

25.Al pie del cañón

26.Sirenas

27.Invierno

28.Alpinista

29.Borgiana I

30.Borgiana II

31.Envejecimientos

32.Sentidos

33.El viejo y el mar